

ALFAGUARA



José María Merino

**Cuatro nocturnos**

---

## Índice

El hechizo de Iris . . . . .	13
La Dama de Urz . . . . .	79
El mar interior . . . . .	151
El misterio Vallota . . . . .	221

## El hechizo de Iris

---

La mujer se va alejando y el escenario reconstruye poco a poco la inmovilidad que el desplazamiento de su figura blanquecina había conseguido turbar, la quietud del espacio gris y caluroso que encierran el cielo oscuro y el lago rodeado de una vegetación enmarañada y vigorosa, en cuyo centro resuena una y otra vez el aleteo cansino de los grandes pájaros.

Ella se aleja entre los borrones olorosos de los charcos y el lento alternar de relumbres horizontales con que se difumina el agua lejana.

En lo alto, entre los aleteos, un graznido aislado, que se repite luego varias veces, parece resistirse al reposo recobrado, pero todo vuelve a estar quieto y el hombre siente alivio mientras ve alejarse a la mujer, y hasta cierto gusto a liberación, como si en la partida de ella no hubiese ausencia sino una inusitada plenitud. Como si, al contrario, ella hubiese sido la ausencia, el vacío, esa cavidad fantasmal que abren en la aparente solidez de la rutina ciertas evocaciones, y con su marcha la realidad quedase de repente restaurada y completa.

Ella sube al fin al avión, apoyando con cuidado los pies en los peldaños sucesivos de la escalerilla. Se detiene antes de entrar en la cabina

y vuelve el rostro. La indiferencia del hombre sufre entonces un sobresalto, pues las facciones de la mujer han recuperado las señales de otro rostro, han sufrido una súbita transformación y ya no presentan los rasgos serenos de Laura sino la acechante viveza de Iris.

Ella alza entonces el brazo sin mirarle, como si no se despidiese de él sino de la salvaje plenitud vegetal, de los niños que chapotean con la voz perdida en la orilla del lago, más allá de la pista de aterrizaje, del descolorido cobertizo de madera y chapa que muestra en un mástil un harapo lacio como un signo inequívoco del lugar, del avión que, a un lado del campo, aplastado sobre el suelo entre fragmentos retorcidos de fuselaje, muestra su abandono como otro símbolo certero. Y luego gira del todo la cabeza y entra en el aparato.

El sentimiento de liberación aplaca al fin la confusión que había comenzado a inquietar al hombre. Y mientras el avión comienza a moverse, con una lentitud desproporcionada al bramido de su motor, él se encamina hacia el embarcadero, donde le espera la canoa que ha de devolverlo al hotel.

(Contado así, en tercera persona del presente, parecería que, menos en el momento en que volvió el rostro y sus rasgos me trajeron el recuerdo preciso de Iris, yo la miraba irse no sólo con serenidad, sino incluso con cierto júbilo. Ahora que lo pienso, no sé si esa serenidad jubilosa era otra cosa, un resto inocuo de antigua angustia, la sombra sólo

---

de una ansiedad pasada, una pena ya reseca, que hubiera perdido casi toda su fuerza.

También parecería que su partida no tuvo lugar hace menos de una hora, como en realidad ha sido, sino en ese tiempo dudoso de las ficciones, que siempre parece apartado del lector.

De cualquier forma, la tercera persona me ayuda a ver su partida con lejanía, y el tiempo de presente le quita al suceso actualidad, y con ello ya no parece que sea yo quien la ha visto marchar, sino un ser intemporal y sin nombre, un personaje anónimo cuyos pensamientos y sensaciones no pueden inquietarme, porque son sólo garabatos caligráficos trazados sobre un papel.

Ahora, mientras me preparo para la espera de mi avión, el que debe sacarme también a mí de aquí, rodeado por el persistente olor a madera húmeda que a menudo se contagia de un aire fétido de origen inexplicable, acaso escribo para entretenerme, para sustituir la lectura que no he sido capaz de encontrar, pero sin duda lo hago para poder considerar con frialdad a este tipo que hace correr su bolígrafo sobre los folios de papel oscuro en cuyo membrete el desvencijado hotel que me cobija proclama, con la silueta de un gran pez enganchado por la boca al logotipo, una ostentación deportiva que, a estas alturas del año, ningún cliente parece justificar.)

De modo que el hombre, antes de encaminarse al embarcadero, observa cómo el peque-

ño avión se aleja lentamente, dando tumbos sobre la pista de tierra en busca del punto de despegue.

El avión es muy parecido al que ha causado su naufragio: un fuselaje pintado de gris que, en muchos puntos, muestra esas llagas orinientas que deja la larga mordedura de la selva. En cuanto al lugar, es tan sólo una estación insignificante de una línea de ínfima categoría, un simple punto de escala para algunos pasajeros, un cruce de rumbos todavía más desconocidos y lejanos que el de su propio destino.

El hombre echa a andar, pero la visión del avión aplastado a un lado de la pista, con el cuerpo arrugado en pliegues sinuosos que parecen decir su naturaleza metálica, le devuelve las imágenes del vuelo en que sufrió el accidente.

Él ha escogido uno de los últimos asientos, para tener cerca el maletín con todos sus papeles. El vuelo ha durado apenas hora y media, pero la sonriente azafata ha servido mucho whisky a los pasajeros. «Es para que nos olvidemos del aparato en que estamos volando», le dice a menudo, con sorna confidencial, el tipo rubio que se sienta al otro lado del pasillo, y que habla un español desprovisto de acento, cuya procedencia no se puede deducir con facilidad.

Por fin la azafata pide que se abrochen los cinturones y el avión inicia con brusquedad el descenso. Se acercan con rapidez a la vegetación y la masa concentrada del arbolado despliega el dibujo cada vez más preciso de sus formas, agrupadas en densos ramajes entre los troncos oscuros.